ALONSO DE BONILLA Y SANTA TERESA (A PROPÓSITO DE UN CANCIONERO SOBRE LA SANTA, DE 1617)

Por *Dámaso Chicharro*
Universidad de Jaén
Consejero del I.E.G.

HACE ya bastantes años, en 1988, nos ocupábamos del poeta baezano (1570-1642) en nuestro libro *Alonso de Bonilla en el conceptismo. Estudio y antología* (Instituto de Estudios Giennenses, CSIC-CECEL, Diputación Provincial, Jaén, 1988). Dedicábamos allí algunas páginas a comentar su libro *Nuevo jardín de flores divinas*, impreso en Baeza en las prensas de Pedro de la Cuesta en 1617. En aquella ocasión hablábamos de la importancia de la Aprobación, suscrita nada menos que por Lope de Vega, resaltando entonces que sería muy interesante conocer los detalles de esa relación entre Lope y Bonilla, porque cuando el poeta baezano fue ensalzado en los términos en que lo fue es normal suponer que hubo algo más que la importante relación literaria entre ambos, que condicionaría la mutua estima en que se tuvieron, tal como se desprende del texto en cuestión. Por supuesto desconocíamos y desconocemos cuándo se produjo esa relación, pero son muy significativas las palabras que al comienzo de *Nuevo jardín* inserta Lope. Así, respondiendo a la propia sugerencia de quien le propuso la Aprobación, escribe lo siguiente: «Muy poderoso señor, yo he visto por mandato de vuestra alteza este libro... Y fuera de que no tiene cosa alguna que contradiga a nuestra Santa Fe, hallo que su título (*Nuevo jardín de flores divinas*) le puede servir de censura, porque todo él es un jardín de maravillosos pensamientos, hallados con tanta gracia y agudeza, que en este género de poesía no he visto quien le iguale». Evidentemente, se trata de un

elogio subidísimo, en el cual emplea Lope los términos «pensamiento» y «agudeza» en su sentido técnico, claramente relacionados con el conceptismo literario y, sobre todo, llama la atención esa notoria afirmación, en el sentido de que no hay quien iguale a Bonilla en este tipo de poesía, es decir, en la conceptista. Se desprende, por tanto, el consciente apoyo del Fénix a este tipo de obras. Sabido es que Lope de Vega, cuya producción equivale a varias literaturas, da cabida en la suya a las más variadas tendencias del Barroco de su momento y entre ellas no fue la menor la que luego se consolidó en manuales y prontuarios de época como conceptismo.

Continúa Lope después hablando del valor del libro y de su utilidad práctica para preparar los sermones, dentro de lo que se llamaba y se llama literatura concionatoria: «Será importantísimo —afirma— para que en las festividades de los santos se canten sus alabanzas como usan las Iglesias en España a imitación de los himnos latinos; y para que otros ingenios se animen a emplearse en estas flores divinas mejor que en tantas invenciones humanas como en esta edad estragan las costumbres. Y así me parece que no solo es digno de salir a luz por piadoso, por cristiano, por devotísimo de la Virgen Nuestra Señora, de cuyas excelencias ha buscado pensamientos inauditos, pero de muy grandes premios, y que Vuestra Alteza le debe conceder justamente la licencia que pide. En Madrid, a 6 de noviembre de 1616, Lope de Vega Carpio».

Como vemos, el elogio de Lope insiste en algo que está muy lejos ya de las usuales alabanzas retóricas sobre estos asuntos, pues habla de excelencias, de pensamientos inauditos, etc., lo que supone una cierta identificación e incluso diríamos regusto personal por este tipo de literatura. Estas y otras alabanzas no parecen dichas por casualidad. Lope es consciente también de la calidad literaria de la obra de Bonilla, porque de otra forma no la habría ponderado en los términos en que lo hace, en un género especialmente estimado por él, que designa con el nombre de agudezas, etc., y que se aúna en el concepto, en lo que se entendía entonces por concepto, género cultivado por poetas como Alonso de Ledesma y aún antes por Castillejo o Jorge de Montemayor, con claros precedentes medievales como Alonso de Cartagena, el Conde de Ureña, Diego de Velasco, Alonso de Córdoba, etc. Y, ya en el XVI, por los Argensola, Mateo Alemán, Juan Rufo, Garcilaso, Fray Luis de León, etc., etc. O sea, se trata —digamos— de una identificación absolutamente consciente por parte de Lope, que entendía el concepto género como un mecanismo metafórico llevado al extremo (una ca-

tacresis), unido a la concisión, a su carácter de rasgo violento y a formar parte de estructuras más extensas de discurso, tal como habría de consolidarse después en la *Agudeza y arte de ingenio* de Gracián, puesto que se trata de entender el concepto en sentido técnico, como «sutileza en el pensar y en el decir» para explicar algo que tiene difícil explicación lógica, tal como se entendería a partir de los años veinte de ese mismo siglo, poco tiempo después por tanto.

Esta alabanza de Lope sirve de pórtico y explicación al libro, pórtico en todos los sentidos, y de introducción en todos los ámbitos. Sin embargo, la suerte y proyección de este libro no fue tanta como la de otros anteriores de Bonilla —quiero decir *Glosas a la Inmaculada*, de 1615, o *Peregrinos pensamientos*—, ya que ambos tuvieron mucha más difusión. Ello nos ha llevado a postular un trabajo de necesaria revalorización de este *Nuevo jardín de flores divinas*, a nuestro juicio uno de los libros más interesantes de todo el Barroco español.

Se trata de una obra extensa, compuesta tanto en metros tradicionales como italianos, ya que mezcla sonetos, romances, chanzonetas u octavillas, seguramente el género al que de forma más ilusionada se dedica Bonilla, junto a décimas, redondillas, glosas variadas, canciones, octavas de varia clase y composiciones de todo tipo. Evidentemente, decíamos hace años que lo que más destacaba de ese libro era la métrica popular, la métrica tradicional, muy en la línea de autores como Castillejo, Valdivielso, Jorge de Montemayor y, en general, todos los mejores poetas de cancionero. El hecho de que Lope lo recomiende para la predicación demuestra cómo en ese ámbito de literatura concionatoria era especialmente valorado este tipo de poesía, de la cual podían extraerse ejemplos que eran leídos públicamente, de manera que se establece una relación de dependencia en aquellos momentos (1615-1620) entre conceptismo y buena oratoria, tal como señaló García Berrio hace ya tantos años.

No obstante, hay en la obra todavía composiciones que arrancan del manierismo, tal como estudió nuestro maestro Orozco Díaz en *Manierismo y Barroco* (1970). Así, en el soneto que titula «De la ingratitud del hombre», que comienza «Siguiendo va su natural porffa», tal como tuvimos ocasión de comentar en el lugar antes citado.

Hay empero un aspecto del libro particularmente interesante en el que ningún crítico ha reparado, pese a su importancia objetiva, y al que pretendo

dedicar ahora ponderada atención. Me refiero a lo que podríamos denominar «Cancionero teresiano». Es decir, dentro de esa estructura manierista, de composición ultraconsciente, como la Primera Parte del *Quijote*, dedica Bonilla una peculiar atención a la figura de Santa Teresa, fallecida hacía más de treinta años y objeto entonces de proceso de beatificación, así como de numerosas justas poéticas en su honor, que varias ciudades venían celebrando. Aquí recoge el poeta, entre otras, las composiciones escritas con motivo de una justa a la sabiduría de Santa Teresa que se celebró con motivo de su beatificación, así como otras varias en las ciudades más conspicuas de la España de entonces, como Córdoba, Sevilla, Granada o la universitaria Baeza, en la plenitud de su pujanza por aquellos días, que dieron ocasión para que Bonilla dedicara bastantes poemas a la entonces beata. No olvidemos que el poeta se había casado en Córdoba, ciudad en cuyas justas venía participando asiduamente, fruto de lo cual son cinco poemas (dos sonetos, una octava, una décima y una quintilla) recogidos por Juan Páez de Valenzuela en *Relación breve de las fiestas que en la ciudad de Córdoba se celebraban a la beatificación de Santa Teresa de Jesús* (Córdoba, 1615); no olvidemos tampoco que Bonilla se inserta en el ámbito social de Baeza, que allí publica sus obras, que en su universidad desarrolla cierta actividad en contacto con sus doctores, con los cuales mantiene una importante amistad y, en general, que cuando se convocan cualesquiera justas o trofeos —del tipo que fueren— tenemos casi siempre acreditada la intervención de Bonilla, poeta en ejercicio y afamado por aquellos años.

Se añade además otro hecho. Y es que precisamente por aquellas mismas fechas —hablamos ya de 1617— se ha producido la beatificación de Teresa y en muchos lugares de España se ha insistido en valorarla hasta la altura de auténtica Santa, aunque aún no lo era, y no son pocas las ciudades españolas que toman a Teresa de Jesús por patrona o copatrona. Baeza fue una de ellas, ya que en sesión del 12 de octubre de 1617 la corporación municipal, reunida en pleno, adopta como acuerdo precisamente el de tomar a Teresa como segunda patrona de Baeza (la primera era y sigue siendo la Virgen del Alcázar). El dato lo debemos a un suelto en la revista *Don Lope de Sosa*, del 31 de mayo de 1917, año V, número 51, donde se da cuenta del hecho de la siguiente forma: «A 12 de octubre de 1617, la ciudad de Baeza, reunida en sesión capitular, tomó el acuerdo que la población entera deseaba, de tener por patrona a Santa Teresa de Jesús, cuyas virtudes y sabiduría eran gloria de la nación española». El mismo día —y para dar carácter oficial al acuerdo— «se otorgó escritura reconociendo este patronato ante el escri-

bano público y de número de la ciudad Alonso Martínez, obligándose a celebrar todos los años el 15 de octubre una solemne fiesta religiosa y concurrir a ella en forma de cabildo.

En efecto, la municipalidad baezana cumplió fielmente este voto y fue ejemplo que imitaron muchas ciudades españolas y pueblos de esta provincia, donde tanto ejemplo y tanta luz espiritual irradió la orden carmelitana». Sin duda así fue. Ello tal vez dio lugar o fue causa de los varios poemas que Bonilla dedica a la Santa por aquellas fechas, poemas que vienen insertos —dada esa estructura manierista de que hablábamos en 1988— en este libro *Nuevo jardín de flores divinas*. Constituye, dentro del libro de amplio formato, un cancionero autónomo, con un origen preciso y con una voluntad expresa de elogio teresiano, al que dedica Bonilla una atención suficiente, ya que abarca desde la página 285 hasta más allá de la 300 del citado poemario. A la vista de su interés y de que no es conocido, pretendemos, por tanto, en esta ocasión comentar el que denominamos cancionero teresiano, insistiendo en aquellos rasgos de vinculación afectiva y poética entre ambos autores y en la particular calidad que hemos estimado en el conjunto de la poesía de Bonilla y que en esta ocasión se ven aumentados, si cabe, al tratar de un personaje que le es particularmente querido.

Empiezan, pues, las «Chanzonetas de la Santa Virgen Teresa de Jesús», así tituladas en su conjunto. La primera de ellas parte, como suele suceder en estas composiciones, de un pequeño poemilla, que nunca sabremos si es propio o recogido de la tradición. Suele suceder esto en el género de la chanzoneta, en el cual Bonilla toma poemas ajenos y los comenta o glosa en octavillas, que desarrolla de acuerdo con su peculiar sensibilidad y punto de vista poético. En este caso la primera (una redondilla inicial) dice así:

«Hoy Teresa nuevo ser
dio a la casa del Carmelo,
que no es casa (vive el cielo)
casa donde no hay mujer».

A partir de ahí inserta la glosa, en cuatro octavillas, conformando el conjunto de la chanzoneta, que dice:

Si gobernándola Elías
olía la casa a hombre,
Teresa goza este nombre
en nuestros felices días.

Ella ha dado nuevo ser
a la casa del Carmelo,
que no es casa, vive el cielo,
casa donde no hay mujer.

Después que una mujer fuerte
castigó al ángel villano,
hay en el género humano
mujeres de ilustre suerte.

Y cobrando ilustre ser
Teresa ilustró el Carmelo,
que no es casa, vive el cielo,
casa donde no hay mujer.

Por gula y conversación
destruyó la virtud Eva,
y Teresa la renueva
por ayuno y oración.

Con estos dos nuevo ser
Teresa le dio al Carmelo,
que no es casa, vive el cielo,
casa donde no hay mujer.

Dios por su creer y obrar
zurcir la perfección quiso,
que a la mujer le es preciso
el coser y el remendar.

Cosió el roto y viejo ser
del hábito del Carmelo,
que no es casa, vive el cielo,
casa donde no hay mujer.

Si nos fijamos, parte de una circunstancia nimia y cotidiana: las mujeres suelen remendar, arreglar todas las cosas de la casa y que, en efecto, no se tiene, en la estima de entonces, por auténtica casa, núcleo familiar por antonomasia, allí donde no hay mujer que se dedique a las tareas domésticas. Esta es la mentalidad de la época y, efectivamente, para Bonilla, en su visión poética ensalzadora de lo cotidiano siempre, así se comporta Teresa, que ha sido necesaria –en la glosa poética– para dar nuevo ser a la casa del Carmelo, porque actuó como ellas solían hacerlo: zurciendo, cosiendo y

remendando, en este caso el metonímico hábito del Carmelo. Teresa ilustra, de acuerdo con la derivación (ilustre suerte, ilustre ser, ilustrar el Carmelo), con ese carácter recurrente, reiterativo de los textos del conceptismo, extrayendo todo el partido semántico a la palabra, en toda su complejidad, tal como sucede en este poema y en casi todos los de Bonilla.

Fijémonos en la segunda octavilla: ilustre, ilustre, ilustró y luego la reiteración constante: «que no es casa, vive el cielo, casa donde no hay mujer». Se entiende casa de orden y, en este caso, casa en general, jugando también con el doble sentido. Constata, asimismo, las dos facetas en que destaca la Santa y en las que cifra su proyecto de renovación: ayuno y oración. Con estos dos supuestos Teresa viene a dar «nuevo ser a la casa del Carmelo», comportándose como mujer. Y, en efecto, Dios «por su creer y obrar, zurcir la perfección quiso», pues que a la mujer es preciso coser y remendar. Por eso Dios permite que remiende el roto y viejo hábito carmelitano, convirtiéndolo en algo nuevo, es decir, la instituye en renovadora de la orden carmelita. Así lo plasma, como vemos, en una composición formada por una rondilla y por cuatro octavillas, perfectamente insertas en el género y en el sentido que Bonilla suele preferir, es decir, conformando la chanzoneta, modo ideado por Bonilla como fuente de renovación poética, según tuvimos ocasión de comprobar en el trabajo aludido al comienzo.

Actúa Teresa en mujer. No podía ser de otra manera. Sólo actuando en mujer consigue la gran renovación de su orden. Gracias a este tipo de composiciones constatamos la gran aceptación que recibe la Santa en todas las facetas de la vida humana a lo largo de su existencia y que hacen de ella, tras su muerte, alguien absolutamente venerable a los ojos de los españoles, lo cual le permite ser patrona de múltiples ciudades de nuestro país.

La siguiente chanzoneta insiste también en un motivo nimio en apariencia:

Hoy os manda descalzar,
Teresa, el Autor del cielo,
que es tierra santa el Carmelo
y descalza habéis de entrar.

Clausura, obediencia, ayuno
son las zarzas del rigor
donde está ardiendo en amor
Dios que os quiere para en uno;

desde allí os quiere hablar,
descalzaos con santo celo
que es tierra santa el Carmelo
y descalza habéis de entrar.

De su pueblo salvación
sois cual otro Moisés fuerte;
y vara, cuchillo y muerte
del antiguo faraón.

Montes habéis de pasar
descalza de amor del suelo,
que es tierra santa el Carmelo
y descalza habéis de entrar.

Una vida penitente
por instrumento os declara
que ésta es milagrosa vara,
aunque a la vista serpiente.
Y así os quiso descalzar
para hazañas del cielo,
que es tierra santa el Carmelo
y descalza habéis de entrar.

De los mundanos contentos
bien sabe que os descalzáis,
pero aún quiere que tengáis
descalzos los pensamientos.
Virtud habéis de fundar
y de un monte hacer cielo,
que es tierra santa el Carmelo
y descalza habéis de entrar».

En efecto, para entrar en el nuevo Carmelo hace falta entrar descalzo, con lo cual parece apoyar Bonilla la reforma por lo más elemental, por el simple hecho físico de defender descaltez frente a calzado. No olvidemos que la reforma carmelita se forjaba en torno al sencillo hecho indumentario y que la lucha entre calzados y descalzos había llegado a su punto culminante en los años finales del XVI y que en la provincia de Jaén aún contábamos con fuerte implantación calzada, de lo cual es testimonio evidente la «militancia» del excelente poeta linarense Fray Pedro de Padilla.

Habla Bonilla de clausura, obediencia y ayuno, que son, poéticamente, las zarzas del rigor, porque molestan al hombre, o como la zarza desde la que habló Dios a Moisés. Efectivamente, Dios la quiere para sí, Dios la quiere «para en uno» y, por tanto, le quiere hablar, diciéndole que hay que entrar descalzo en la tierra del Carmelo, que es tierra santa. Bonilla poetiza la inspiración que Dios insufló en Teresa para emprender la reforma. La compara con el también reformador Moisés, de modo que ella resulta ser la salvación de su pueblo, tal como Moisés lo fue del pueblo de Dios, que sirvió como vara, cuchillo y muerte del antiguo faraón. En este caso, ella también puede servir de vara, cuchillo y muerte de todos los supuestos negativos que acechan al hombre en su época, porque, mediante su capacidad de renuncia, se puede llegar al más allá. Servir vida penitente la sirvió desde siempre y por instrumento se declara. En efecto, ella de los mundanos contenidos ya se ha «descalzado», y Dios quiere que tenga «descalzos también los pensamientos», que se libere de todas las ataduras que suponía el grupo de los calzados, que rompa con ellos para andar descalza, porque así lo quiere Dios, así pide Dios que se haga la reforma. Es como si Bonilla hubiera venido a dar sentido y razón a lo que había sido la base de la reforma carmelitana. Y, en efecto, así se produjo. Observemos, desde el punto de vista formal, que el cómputo silábico cuenta con la aspiración de la «h», que impide la sinalefa. Así el verso «para hazañas el cielo» tendrá ocho sílabas, ya que «hazañas» empieza con aspiración.

Otra composición en este mismo cancionerillo insiste en asunto parecido. Ahora identificando las fundaciones teresianas con la gran fundación del pueblo escogido, o sea, el templo de Salomón en la historia del *Antiguo Testamento*. Y empieza así:

Más que en Salomón se ven
hazañas, Teresa, en vos,
pues labrando templo a Dios
comenzáis y acabáis bien.

Gran ventaja y mejoría
vuestro edificio llevó,
pues lo que se comenzó
no acabó en idolatría.
Que no se juzgan ni ven
tales defectos en vos,

pues labrando templo a Dios
comenzáis y acabáis bien.

Si su humana potestad
labró templo de oro fino,
el vuestro fue más divino,
que es oro de caridad.

Y es justo que el lauro os den
del templo que dais a Dios,
y aun de la vida, pues vos
comenzáis y acabáis bien.

Salomón dificultó
poder mujer fuerte haber,
mas ya en vos una mujer
de flaco lo convenció.
Renombre de fuerte os den,
pues que le vencisteis vos,
tal que, dando templo a Dios,
comenzáis y acabáis bien.

Se trata de un texto muy elogioso para Teresa, como vemos, pues la eleva ventajosamente sobre el gran rey del pueblo judío. En principio la compara con Salomón: ambos son identificados en vida –y de cara a la posteridad– por la edificación de templos. El templo de Salomón es de sobra conocido por el *Antiguo Testamento*. Los múltiples templos de Teresa y sus múltiples fundaciones son conocidas por su obra literaria y por la repercusión que tuvieron en toda la sociedad. Pero hay algo más. Salomón despreciaba a la mujer, a la que conocía «de cerca», como dijo el poeta. Según él, no podía haber mujer fuerte y Teresa ha venido a demostrar a la historia que sí puede haberla, convenciéndolo «de flaco», como dice el texto. Desde ese punto y hora es necesario que den a Teresa renombre de fuerte, porque ya es ella la que ha vencido, comenzando y acabando bien su reforma y su vida, lejos de las asechanzas de la Inquisición, que tanto la disturbaron; no como sucedió con Salomón, que terminó entregándose a la idolatría. Por eso dice que gran ventaja y mejoría el edificio teresiano supuso, pues lo que se comenzó no acabó en idolatría –o bajo las inciertas presiones de una heterodoxia cada vez más pujante en la España del XVI (alumbrados, erasmistas, etc.); muy al contrario, acabó en alabanza constante de Dios, mientras que el templo de Salomón ya se sabe cómo acabó. Por eso dice Bonilla que su-

pera a Salomón, no en la empresa, sino en el logro, puesto que lo de Teresa comenzó y acabó bien.

Hay, además, otra idea clave: el templo de Salomón se labró con «oro fino», mientras que el oro de que edifica Teresa los suyos es metafórico «oro de caridad», cosa que no se daba en el rey judío. Aquí la caridad es el sustento de todo. A partir de ella se ha conseguido que toda la fundación tere-siana sea fundación perpetua, por lo cual insiste una y otra vez en que lo de Teresa «comenzó y acabó bien». Esa diferencia ha hecho de Teresa «mujer fuerte», renombre de fuerte, de manera que ha vencido también en la comparación con Salomón: la caridad de oro fino ha desarrollado lo mejor de sí misma, a la vista y a la apreciación divina.

La siguiente composición va dedicada «a la misma Santa». Y es otra glosa, en este caso en dos octavillas, que comienza:

«Teresa no echaréis menos
el calzado en mortal vida,
estando en Dios ingerida,
porque andáis en pies ajenos».

De esta composición, de esta redondilla –de más que probable origen popular– deduce el texto siguiente:

«Mal consentirá que abrojos
os den sangrientos disgustos
Aquél que tiene a los justos
en las niñas de sus ojos.
Que pies de Dios, cuando menos,
en la dura y mortal vida
os preservan de caída,
porque andáis en pies ajenos.

Como de gustos humanos
os descalzasteis por Él,
como pagador fiel
vuestros pies lleva en sus manos.
Que Dios no os paga con menos
que llevándoos ingerida
en las manos de la vida,
porque andéis en pies ajenos».

El texto insiste en que Dios no puede dejarla de su mano, puesto que Él le ha ordenado la reforma. Y entonces Teresa no puede echar de menos en su vida el calzado físico, el calzado de todos, aunque ha dejado descalza su orden, porque está «ingerida en Dios», porque es apoyada por Dios y, por tanto, Él le ayuda y puede decirse, con frase vulgar, que «anda en pies ajenos», tal como se entendía entonces, es decir, que anda ayudada por alguien superior, que lo puede y lo consigue, en este caso por Dios. Por tanto, si Dios ha consentido la reforma, si Dios se ha puesto al frente de la reforma, no va a dejar que se pinche con abrojos quien la emprende: «Mal consentirá que abrojos os den sangrientos disgustos Aquel que tiene a los justos en las niñas de sus ojos». Tener en las niñas de sus ojos viene a significar que se aprecia algo en grado sumo. Por tanto, si tal se aprecia, no es normal que Dios permita que la virgen Teresa sufra, padezca los abrojos del mundo, los pinchazos y las inclemencias diarias, los desengaños de las malas hierbas y de las dificultades, puesto que ha sido Él quien ha pretendido la reforma, el que la ha amparado y apoyado. Entonces ella, Teresa, puede estar segura de su obra, pues anda «en pies ajenos», debe andar protegida y a su gusto, puesto que Dios aprecia a sus justos y los tiene «en las niñas de sus ojos». Y así insiste que pies de Dios, cuando menos en la dura y mortal vida, la preservan de caída, porque anda en pies ajenos, porque anda protegida. Lo mismo que vos, Teresa, viene a decir, os descalzasteis de gustos humanos, El que lo ha permitido y lo ha pedido permitirá que viváis buena vida: «que Dios no os paga con menos que llevándoos ingerida», llevándoos tomada en sus palmas, llevándoos protegida.

Literariamente, se trata de un texto especialmente valioso. Las dos octavillas que desarrollan el tema central de la redondilla están construidas en un paralelismo espléndido: «Mal consentirá que abrojos os den sangrientos disgustos Aquel que tiene a los justos en las niñas de sus ojos». Espléndida versificación, que continúa en los versos posteriores. Parece que Bonilla va ganando en seguridad, en aplomo y en rigor, según avanza en este cancionerillo teresiano, conformado a lo largo del tiempo, aunque adquiere su formulación definitiva inserto en *Nuevo jardín*.

Así sucede en la siguiente composición, también formada por una redondilla y, en este caso, por tres octavillas:

«No es mucho Teresa amada
casas le fundéis a Dios
si en virtud y ciencia vos
sois la mujer más fundada.

En la ciencia y humildad
ninguna sé que os ganó,
salvo el guante que calzó
de Dios la divinidad.
Y pues su Iglesia sagrada
Dios quiere fundar en vos,
fundad, pues os hizo Dios
hoy la mujer más fundada.

Como Dios –que nada ignora–
funda con supremo aviso,
no sin fundamento quiso
fundar mujer fundadora.
Porque, aunque os fundó de nada,
tanto valor fundó en vos,
que fundáis templos a Dios
por ser mujer tan fundada.

A fe que bien se ha fundado
quien para fundar os funda,
pues de la fe sois la funda
en un tiempo tan helado.
Fundad, que a vos sola es dada
la regla y plana de Dios,
pues para fundar con vos
os hizo mujer fundada».

El presente texto está todo en función del término «fundar», es decir, el verbo fundar, con sus derivaciones formales (fundación, fundamento, fundada) se repite insistentemente, perseguido en todos los ámbitos de su virtualidad y de su amplitud semántica; Teresa ha fundado casas, porque Teresa es mujer fundada en ciencia, en capacidad y asentamiento, mujer de fundamento, que se dice. Y entonces, como nadie ganó a Teresa ni en ciencia ni en humildad, salvo «el que guante calzó de Dios», o sea, la divinidad del Verbo, el propio Dios hecho Cristo, salvo la Iglesia fundada por Cristo, fía por tanto Dios en ella el fundar y el fundamento, porque Dios mismo la hizo mujer fundada, mujer con capacidad, mujer con idea de la vida, que ha tenido a bien dedicar toda su vida a la fundación de conventos. Así lo reconoce Bonilla: funda con supremo aviso, no sin fundamento quiso fundar mujer fundadora porque Dios, que nada ignora, hace las cosas con funda-

mento. Creó a ella como mujer fundadora, y lo hizo con el fundamento a Dios pertinente: porque, aunque la fundó de la nada, «tanto valor fundó en vos que fundáis templos a Dios por ser mujer tan fundada». Dios os hizo de la nada, pero os hizo mujer tan capaz, que ahora sois vos misma la autora de todas las fundaciones que Dios necesita. Pocos textos son tan conceptuosos como éste, puesto que hay una sola palabra en torno a la cual gira todo el poema: fundar, con las consiguientes derivaciones y políptotes: fundamento, fundación, fundado. Incluso después se utiliza la polisemia de la palabra: «quien para fundaros funda, pues de la fe sois la funda en un tiempo tan helado»; la funda, o sea la manta que abriga y conforta en tiempos difíciles. Es decir, aquello que protege: sois la protección en tiempo de frío. Por tanto, fundad –dice a Teresa– que a vos sola es dada la regla y plana de Dios, regla y plana como a albañil.

Es ese sentido de lo cotidiano, de lo concreto, tan presente siempre en Alonso de Bonilla, en estas composiciones. Dios os ha dado regla y plana para que, como arquitecto y albañil, como buen profesional, fundéis la obra de Dios. Y por eso os hizo mujer fundada, para dar término a esa obra diaria, que Teresa materializa en 17 fundaciones. Desde el punto de vista técnico se trata de una composición espléndidamente conformada, con toda la capacidad que un poeta ya suficientemente experimentado como Bonilla demuestra.

La siguiente composición inaugura las que genéricamente van dedicadas a Teresa, sin definido propósito. Y así se titula «Otra a la misma Santa»:

«Teresa edifica templos
que a Dios dirige y aplica,
porque primero edifica
las almas con sus ejemplos».

Esta es la redondilla inicial, de donde va a extraer todo el desarrollo conceptual:

«Un alma ya edificada
con prendas de no pecar
no rehusa edificar
el templo que a Dios le agrada.
Y así se edifican templos
con los tesoros que aplica
Teresa cuando edifica
las almas con sus ejemplos.

La materia y materiales
muy mal prevenir se pueden,
si primero no preceden
piedras espirituales.
Y en los materiales templos
bien Teresa testifica
de que primero edifica
las almas con sus ejemplos.

Serán para eternidades
estos edificios bellos,
porque sacó Dios en ellos
de zanja las voluntades.
Y si a Dios de tales templos
la edificación aplica,
Dios por Teresa edifica
las almas con sus ejemplos».

Aquí estamos ya en el plano espiritual. Los templos no hubieran podido edificarse, todas las fundaciones de Teresa no hubieran sido posibles de no ser porque ella ha edificado –aquí ya en su doble sentido– a las almas con su ejemplo espiritual. En efecto, Teresa edifica templos dirigidos y aplicados a Dios, pero primero ha de edificar a las almas humanas, a sus contemporáneos, a sus amigos y al prójimo, con su propio ejemplo. Y, en efecto, así es. Un alma ya edificada, ya conformada espiritualmente, acostumbrada a no pecar, eliminando en aras del amor hasta las mínimas faltas veniales, «no rehusa edificar el templo que a Dios le agrada»; es decir, cuando alguien ya ha eliminado hasta el menor rastro de pecado, ya puede dedicarse a la fundación de vida, a Dios para siempre. Y entonces seguir lo que Dios más le pida. En el caso de Teresa, todo lo que Dios le pide hacer: su gran labor fundadora. Pero antes ha de haber edificado a las almas con sus ejemplos. En efecto, lo primero son lo que metafóricamente llama «piedras espirituales». Los materiales son difíciles de prevenir, porque esos materiales son primero los ejemplos y así, cuando tal sucede, todo lo que se haga será edificio para la eternidad, sacado de cimientos por Dios, como saca de cimientos las voluntades.

La voluntad de Teresa se ha cimentado en profunda espiritualidad, Teresa ya está libre de todo arrequive humano, aun en diario contacto con el mundo en que se inserta, pero ahora es cuando puede edificar de verdad,

porque ha dado ejemplos. Y si a Dios de tales templos la edificación aplica, «Dios por Teresa edifica las almas con sus ejemplos»; es decir, ahora es Dios el que sustituye a Teresa para edificar las almas. Teresa ya ha dado de sí lo que tenía, ha mostrado su ejemplo diario, ha enseñado a todos; ahora es Dios el que sustituye a Teresa, mientras la Santa se dedica a la labor de fundación: «Y si a Dios de tales templos la edificación aplica, Dios por Teresa edifica las almas con sus ejemplos».

La siguiente es otra chanzoneta, dedicada también a la misma Teresa y con temática muy parecida. Insiste de nuevo en el tema de descalzar y calzar. Será obsesión perseguir la voz calzar, con sus correspondientes derivaciones, en todo su desarrollo, lo mismo que antes lo había sido la voz fundar. Dice así la chanzoneta, constituida en este caso por la redondilla inicial más tres octavillas:

«Descalzar vuestros pies vos,
Teresa, no acaso es
sino que os nacéis de pies
en descalzaros por Dios.

Como en sus granjas divinas
tiene tantas flores bellas,
quiere el que os convida a ellas
que piséis primero espinas.
Espinas descalza vos
pisáis, mas no acaso es,
sino que os nacéis de pies
en descalzaros por Dios.

Con tan descalza humildad
descalzáis vuestros pies bellos,
que nunca se os pegó en ellos
ni aun polvo de vanidad.
Porque tan humilde en vos
el traje descalzo es,
que habéis nacido de pies
en descalzaros por Dios.

Para andar cualquier camino
el caminante se calza,
pero vos voláis descalza

por el del reino divino.
 Y el volar descalza vos
 infalible señal es
 de que os nacisteis de pies
 en descalzaros por Dios».

Se juega aquí con la expresión «nacer de pie». Nacer de pie es, en sentido popular y familiar, nacer con suerte. Por eso dice el poeta que Teresa ha nacido con suerte, que ha hallado gracia a partir del momento en que inicia la reforma de la descalzez, a partir del momento en que «se ha descalzado por Dios»: cuando desnudó sus pies empezó su suerte. A partir de ese instante ya no tendrá dificultades. Esto no fue del todo cierto, como sabemos, pero poéticamente es así: para Bonilla, desde el punto y hora en que recibió la ayuda de Dios, «nació de pie», fue tan afortunada. El mismo que en sus granjas divinas tiene tantas flores bellas quiere que piséis primero espinas. Quien se anda con flores, con rosas, siempre afronta el peligro de sufrir las espinas. Pero en cuanto se descalza, metafórica y paradójicamente, ella ya ha nacido de pie: «espinas descalza vos pisáis, mas no acaso es, sino que nacéis de pies en descalzaros por Dios».

No es el caso: a partir de ese instante, las espinas que habéis pisado se transforman en rosas, porque la humildad ha influido en ello: «con tan descalza humildad descalzáis vuestros pies bellos que nunca se os pegó en ellos ni aun polvo de vanidad». Y no teniendo polvo de vanidad, sino virtud de humilde siempre, ese humildad os previene la ayuda del Altísimo, habéis nacido de pie: al descalzaros, al iniciar la reforma de los calzados, habéis acertado y hallado gracia a los ojos de Dios, concitado, pues, la suerte. Para andar cualquier camino —pone como ejemplo— el caminante se calza, pero vos, paradójicamente, no os lastimáis, porque no andáis a ras de suelo, antes voláis: vos voláis por el reino divino. A vos os ha dado Dios metafóricas alas y el volar descalza es infalible señal de que habéis nacido de pie, de que habéis conseguido la suerte que Dios guarda para sus elegidos. Dios ha permitido que os descalcéis y, en lugar de pisar abrojos —como antes decía— ahora os ha dado alas para volar. Para conseguir lo que habéis querido, os ha prestado ayuda. La humildad vestida os ha propiciado el bien a los ojos de Dios. Desde ese momento ya son todo flores bellas. Primero espinas, después vuelo y flor. Ese es el contenido poético.

Respecto a la forma, como siempre, excepcional. Bonilla va aumentando su calidad progresivamente. Lo encontramos, ya en esta fecha de 1617,

dueño de sus recursos, que había experimentado antes en *Peregrinos pensamientos* y en *Glosas a la Inmaculada*.

El siguiente poema incide de nuevo en la comparación con Moisés. De sobra es sabido, según el pasaje bíblico, que Moisés se descalza delante de la zarza por consejo divino. Y, por tanto, es término adecuado de relación con la Santa. Así actuaba también Alonso de Ledesma: bastaba que un personaje o cualquier elemento natural tuviera un mínima relación con su objeto poético, para que fuera literalmente perseguido y exprimido en todas sus facetas, en cualquier posible vínculo de connotación. Tal sucede con Moisés en este caso.

Pues bien, en este sentido, Teresa también ha conformado la orden del Carmelo descalzo por consejo divino; como Moisés, acepta siempre la sugerencia de Dios. Empieza así el poema:

«Como a Moisés el calzado,
Dios lo prohíbe a Teresa,
porque en Teresa interesa
ser descalzamente amado».

Esta es la redondilla inicial de donde parte la chanzoneta:

«Es deuda superior
amar a Dios; y es precepto
tal, que no es amor perfecto
si no es descalzo el amor.
Del siglo la ha descalzado
su dulce esposo a Teresa,
porque en Teresa interesa
ser descalzamente amado.

La descalza religión
es la zarza peregrina,
donde la esencia divina
habla al justo corazón.
Y en esta zarza inflamado
descalza Dios a Teresa,
porque en Teresa interesa
ser descalzamente amado».

Como vemos, se trata sólo de dos octavillas, que completan el texto primitivo. Se juega siempre con la derivación, con el doble sentido, con un fondo de verdad histórica, en este caso bíblica, que recuerda la situación de Moisés en la zarza. Lo mismo que Moisés fue descalzado para pisar, Teresa fue impelida a conformar su orden como «orden descalza», porque el amor se conforma mejor en el hombre descalzo: «Que no es amor perfecto si no es descalzo el amor». Y así dice que es deuda superior amar a Dios y es precepto, que no es amor perfecto si no es descalzo el amor; entiéndase, si no es desinteresado de todo lo mundano, de todo lo humano, si no es amor divino, si no es amor hacia Dios, desnudo de todas las implicaciones de la tierra. Por eso dice que del siglo (del mundo y sus asechanzas) ha descalzado su dulce esposo a Teresa, porque en Teresa interesa ser «descalzamente amado», o sea de amor divino. Y, efectivamente, habla de descalza religión, de zarza peregrina, por lo extraño, porque no se consumía la zarza de Moisés, donde la esencia divina habla al justo corazón. Y del mismo modo, en ese mismo tipo de zarza, se debate Teresa, porque tal como a Moisés se le reveló toda la trascendencia de Dios en aquel momento, la recibe Teresa asimismo, para amar descalzamente, para amar sin ningún tipo de compromiso con las implicaciones terrenas, para amar desnuda de todo, asubiéndose definitivamente en Dios.

En el mismo sentido se inserta otra composición, en este caso de tres octavillas. Se parte —como es normal— de una redondilla y se completa con tres octavillas, desde el punto de vista literario mucho más perfectas. Dice así:

«Hoy del poder sempiterno
es Teresa tan honrada,
que su rueca ha hecho espada
para rendir al Infierno».

Es decir, ha hecho del instrumento femenino (la rueca) espada masculina, para luchar contra el infierno y para ganar la partida. Esta redondilla probablemente circulaba en canción y Bonilla obtiene de ella todo el partido que puede en las siguientes tres octavillas:

«¿Quién vio estos extremos dos,
que haya merecido ser
rueca en cinta de mujer
espada en cinta de Dios?

Mas bien puede el ser eterno,
que hizo al mundo de nada,
hacer de una rueca espada
para rendir al Infierno.

Como el mismo ser divino
juzga por virtud hilar,
quiso esta virtud pagar
con premio tan peregrino.
Y tal, que con triunfo eterno
es hoy Teresa premiada,
pues fue su rueca ya espada
para rendir al Infierno.

Cuando la mujer que hila
victoria del ocio alcanza,
más fuerte es huso que lanza,
pues los vicios aniquila.
El huso, rueca y gobierno
de Teresa esposa amada
son valor, lanza y espada
con que ha rendido al Infierno».

En efecto, habla de las armas humanas, masculinas y femeninas, y considera como armas femeninas el huso y la rueca, y como armas masculinas la lanza y la espada. Pero inserta entre las femeninas el gobierno, o sea, la capacidad de ordenar y administrar la casa, tal como era entonces, porque el matriarcado estaba muy extendido por toda España y la mujer era la que «gobernaba» de verdad. Junto al huso y la rueca se inserta el gobierno. Y en la parte masculina están la lanza, la espada y el valor, el valor físico, la capacidad de lucha, la fuerza bruta, si queremos. Pues bien, Teresa, con las armas femeninas, actuando en mujer, ha conseguido al final rendir al Infierno. No han sido las armas masculinas, sino los «arreglos» femeninos. Por eso dice que el huso, rueca y gobierno de Teresa, esposa amada, son, se comportan como valor, lanza y espada, con que ha rendido al Infierno. O sea, las armas femeninas se han trocado en «fuerzas» masculinas. Y con ellas ha vencido al mal, siempre con la ayuda de Dios. Por eso, es el poder sempiterno, es el poder de Dios.

Gracias a ese poder Teresa ha cambiado, ha trocado rueca en espada, ha cambiado armas de mujer por armas de hombre, para rendir al Infierno. Y lo entiende como lance peregrino, como lance extraño. Ha merecido ella trocar en cinta de mujer espada en cinta de Dios. Eso lo entiende como algo extraño y diferente, de forma que Teresa es apreciada por lo que hace como hombre, con los medios de mujer, siempre con la ayuda de Dios, que es quien realmente consigue ese triunfo sobre las puertas del Infierno. En ese sentido, Bonilla ha explicado, desde el punto de vista conceptual, y ha poetizado, desde el punto de vista humano, una cualidad que siempre se entendía en Santa Teresa y que llega prácticamente hasta el propio Unamuno, que habla de ella como «padraza», como alguien que utiliza las fuerzas masculinas con las mañas de mujer para triunfar en el mundo. Esos medios masculinos se los ha proporcionado Dios. Y se trata de premio extraño, peregrino, como gusta de decir Bonilla: «con premio tan peregrino y tal, que con triunfo eterno es hoy Teresa premiada». Triunfo eterno, triunfo sobre el mundo, triunfo sobre las puertas del Infierno, porque su rueca, su arma de mujer, es ya espada, arma de combate, con la que triunfa definitivamente en el mundo. Por eso Bonilla considera a Teresa como hombre y como mujer que, ayudada por Dios, logra llegar a la plenitud humana en todos los sentidos.

Se trata de un poema que, en cierto modo, consolida la idea tantas veces repetida de que Teresa sólo con fuerza humana integral (masculina y femenina, propiciadas por Dios) ha podido conquistar la vida completa, traspasar la barrera de su siglo y ser considerada como ejemplo de virtudes tanto femeninas como masculinas, con las cuales ha triunfado definitivamente: rueca, espada, lanza, huso, valor, gobierno. Son los tres términos paralelos que, transformados, dan de sí la compleción y sentido a la misión del hombre sobre la tierra.

Aparecen a partir de aquí, en este cancionerillo de Bonilla, las «Décimas de justa a la sabiduría de Santa Virgen Teresa de Jesús, hechas para la fiesta que se celebró en su beatificación en esta ciudad de Baeza». Es bien sabido que Baeza, junto con otras muchas ciudades españolas, propuso justas de homenaje con motivo de la beatificación de la Santa. Aquí se introducen ya, en lugar preferente y con todos los pronunciamientos. Totalizan seis, escritas en un lenguaje de mayor dominio, de mayor sensibilidad si cabe, que culminan en calidad todo este cancionero en homenaje a la Santa. Dicen así:

«Teresa, la pluma mía
pedid que la rija Dios,

para celebrar de vos
la insigne sabiduría:
que por mi parte este día
rudo y corto quedaré,
pues fue tal vuestro abc,
que de nueve años de edad
las letras de caridad
daban sangre por la fe.

Lea secretos naturales
Hiarca en su trono de oro,
y Tolomeo el tesoro
de los orbes celestiales.
Que entre facultades tales
la palma les lleváis vos,
porque aunque midan los dos
del cielo y la tierra el ser,
más alta ciencia es saber
sólo un átomo de Dios.

Sois del apóstol sagrado
un retrato de excelencia,
pues no sabéis otra ciencia
que a Cristo crucificado.
Y con ésta habéis ganado
a la elocuencia mayor
que el más insigne orador
descubre por señalarse,
porque enseñar a salvarse
es ciencia superior.

En vos los dones se ven
que el sabio prelado encierra,
porque sois sal de la tierra
y luz del mundo también.
Esto se conoce bien
en que de justo dais palma
al que en la más fiera calma
vive el ver y gustar,

porque sois para enseñar
sal del gusto y luz del alma.

Esas caudalosas minas
que en vos de ciencia se encubren,
ejemplarmente descubren
vuestras moradas divinas.
Cuyas letras peregrinas
levantan y pueden tanto,
que dejan con dulce encanto
las almas enamoradas;
y es porque en vuestras moradas
mora el Espíritu Santo.

Porque enseñáis los caminos,
Virgen, del temer y amar,
Dios os hizo un ancho mar
de conceptos peregrinos,
en cuyos puntos divinos
no hay bien que no se resuma,
pero no es mucho que en suma
conceptos escribáis vos,
si el que es concepto de Dios
rige vuestra mano y pluma».

Se trata, como vemos, de un texto de muy subida perfección, porque el poeta intenta triunfar en unas justas públicas y porque estamos ya ante un poema con distinto aire y sabor. Empieza pidiendo, como en otras ocasiones, ayuda a la Santa que va a cantar: que su pluma (la de Bonilla) sea regida por Dios, porque intenta celebrar la sabiduría de la Santa. Y aún entonces presume de su humildad: rudo y corto quedaré, pues fue tal vuestro abc –vuestro conocimiento, vuestra capacidad de lectura, de saber– que ya a los nueve años esas letras de caridad daban sangre por la fe. Es sabido que Santa Teresa inicia su vida conocida a los nueve años, según ella misma nos cuenta en el *Libro de la Vida* (véase nuestra edición, Madrid, Cátedra, 1979, última reimpresión, 2002).

Para el poeta, desentraña Teresa los secretos de la vida: por encima de Tolomeo, el que descubre el tesoro de los orbes celestiales. Se levanta por encima de los sabios de la antigüedad: «que entre facultades tales la palma

les lleváis vos, porque aunque midan los dos del cielo y la tierra el ser (el ser del cielo y la tierra, con hipérbaton forzado) más alta ciencia es saber sólo un átomo de Dios». Espléndida décima, en que sitúa a Teresa por encima de los sabios de la antigüedad, Hiarca y Tolomeo. Y en que supone que el conocimiento de Dios es el mayor saber: conocer un átomo de Dios, de la ciencia de Dios, arrancar un pelo al secreto de Dios –como decía Unamuno– parece el mayor saber. Y ese lo arrancó Teresa, como es de sobra sabido, en sus obras tan conocidas y estudiadas.

Insiste en que Teresa es retrato de excelencia del apóstol y que su única ciencia es la de amar a Dios, «de amor al Crucificado», tal como ella gusta de decir, y aquí Bonilla parafrasea. Y, efectivamente, de ahí procede su elocuencia, que excede y sobrepasa la de cualquier insigne orador, porque con esa elocuencia se conoce la ciencia de la salvación, porque con la elocuencia teresiana el hombre está por encima, porque aprende a saber lo que tiene que saber, o sea, el conocimiento de la salvación, el medio de llegar al cielo.

Y, en efecto, en una de las décimas más conocidas, reproducida en todos los estudios teresianos de mayor sabor, aparece como «sal del gusto y luz del alma», o sea, capacidad para sazonar el gusto humano y para iluminar mediante la fe el alma del hombre, para llegar al cielo. Por eso dice: *dais palma de justo, porque instruíis para ver y gustar al ser humano, «porque sois sal de la tierra y luz del mundo», parafraseando el texto bíblico.* Esta décima supone que la Santa encierra todos los dones del sabio prelado, concita el mayor saber humano, sazonando la vida, sazonando el gusto e iluminando al alma en su camino hacia Dios. Y prosigue: «en la ciencia de la fe, esas caudalosas minas, que en vos de ciencia se encubren, ejemplarmente descubren vuestras moradas divinas, cuyas letras peregrinas levantan y pueden tanto, que dejan con dulce encanto las almas enamoradas». Juega con los pronónimos (moradas-enamoradas): Las moradas (por evidente alusión a la obra teresiana, véase nuestra edición, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva, 1999), y las almas llenas de amor, transidas de amor a Dios. Efectivamente, sigue jugando con los pronónimos: «porque en vuestras moradas mora el Espíritu Santo», reside el Espíritu divino, en vuestras casas fundadas vive Dios, en vuestros palomarcicos mora el Espíritu Santo, porque vuestras monjas están también transidas de Dios y así consiguen la salvación eterna, tal como pedís.

En efecto, Teresa misma no hubiera logrado plasmar por escrito de forma más clara y literariamente perfecta su propia aspiración de conseguir unas moradas, las moradas de sus conventos, donde reina el Espíritu Santo. No son las moradas que Teresa describe, en conformación de los distintos estadios del cielo. Son las moradas concretas de las fundaciones teresianas a las que aquí se refiere Bonilla, porque pretende, en este sentido, alabar los conventos teresianos como la gran obra, conseguida con tanto esfuerzo. Todo se sintetiza en la última décima, que con toda probabilidad habría de ser la más estimada. Teresa enseña los caminos de amar y de temer, porque ella es repertorio de conceptos peregrinos, de conceptos extraños (por difíciles, ocultos, arcanos), con los cuales convence al ser humano para seguir el camino de la salvación. Y esos conceptos son cifra de bien, cifra del bien del hombre, en cuyos puntos divinos no hay bien que no se resuma: «Pero no es mucho que, en suma, conceptos escribáis vos», conceptos llenos de sabiduría, tal como se entendían por parte de Bonilla, como cifra de sabiduría y dominio del mundo, como concreción absoluta de saber peregrino. Y los compara, evidentemente, con el sentido de Dios: «el que es concepto de Dios», es decir concebido y engendrado por Dios, o sea, Jesucristo.

Se juega con el sentido de concepto, término literario, término filosófico si queremos, junto con el participio «concepto», por concebido de Dios, concebido por Dios, donde el complemento agente es regido por la proposición «de». Si el que es concepto de Dios (por perífrasis, Jesucristo) rige vuestra mano y pluma, escribís al dictado de Jesucristo, no es extraño que vuestra literatura sea cifra, resumen y compendio del saber divino, mediante el cual se llega a la gloria. Por eso esta décima, la última, concita todas las miradas y todos los favores de la crítica cuando se ha dedicado a revisar mínimamente esta composición. Para nosotros se trata con toda probabilidad de uno de los mejores poemas dedicados a la Santa, con el cual se va a consolidar Bonilla como poeta.

A partir de este momento el cancionerillo toma un nuevo sesgo. Bonilla se siente ya dueño de sus recursos. Este último verso (concepto de Dios), con su disemia tan sugerente, parece haberle dado alas para escribir. Y a partir de aquí se atreve con lo que él llama «glosa dificultosísima en la misma justa», o sea, el poema que escribe para aquella justa baezana, pero entregándose a la dificultad consciente, con un sentido absolutamente barroco, insistiendo en que la dificultad es fuente de placer, tal como se postulaba entonces. Aunque no tuviéramos más que este poema (hay muchos más) ha-

bríamos de situar a Bonilla exactamente en el lugar que hoy ocupa en la literatura del XVII, como iniciador y consolidador al propio tiempo del conceptismo, de la dificultad barroca, entendiendo que de la dificultad se deriva el auténtico arte y placer literario. Esto es lo absolutamente barroco.

Dice así la «glosa dificultosísima»:

«A la ligera y de modo
voláis a Dios, que hasta el velo
os dejáis, porque en el cielo
sin velo se mira todo».

A partir de aquí se inicia el texto correspondiente. Esta redondilla probablemente es obra del propio autor, ya que insiste en una idea luego muy repetida por él en otros textos: que en el cielo se mira todo abiertamente, sin nada que lo oculte, directamente, «sin velo». Se ve el rostro de Dios. El ser humano adquiere saber definitivo cuando llega al cielo, porque conoce toda la vida y el sentido divino. La glosa empieza así:

«Apenas, esposa amada,
vuestro esposo sin segundo
vuestra carne ha visto helada,
cuando notifica al mundo
que sois bienaventurada.
Y pues que al beatificaros
quiso aligerarlo todo,
pedid que al canonizaros
camine Dios para honraros
a la ligera y de modo.

Esa posesión segura
de la gloria que hoy gozáis,
la muestra en su hermosura
el cuerpo que acá os dejáis,
que es velo del alma pura.
Y así, no tan solo el celo
de Dios ordena que el cielo
os honre, Teresa, el alma,
mas quiere, pues que con palma
voláis a Dios, que hasta el velo.

En el pecho sacro y tierno
de Cristo tanto priváis,
que por su inmenso gobierno
hoy de dos triunfos gozáis,
el temporal y el eterno.

Que el honraros con tal celo
no es sólo porque en el suelo
triunféis, mas hízolo Dios,
puesto que en sus manos vos
os dejáis, porque en el cielo.

El rey de las majestades
no quiso que a vuestro honor
le sepultasen edades,
pareciéndole a su amor
las horas eternidades.

Que vuestra gran perfección
mirábase en cierto modo
con velo de confusión:
mas con esta exaltación
sin velo se mira todo».

Se trata, en efecto, de una glosa más dificultosa. Son cuatro décimas perfectas, donde el autor se empeña en ir sacando todos los sentidos a la expresión «a la ligera y de modo» y al hecho de que en el cielo todo se vea abiertamente, sin ningún tipo de ocultamiento. Todo se entiende a la perfección. La sabiduría se cifra en quienes han alcanzado la bienaventuranza. Así, todo comienza con la muerte física de la Santa. Apenas su esposo la ha visto helada, tras la muerte, cuando se ha producido ya la bienaventuranza, se ha comunicado al mundo por parte del mismo Dios que Santa Teresa es bienaventurada. Está entre los futuros santos. Y así, al muy poco tiempo —estamos en los primeros años del siglo XVII, ella había muerto en 1582— Teresa ha sido ya beatificada. De esta forma lo constata en la primera décima: «Y pues que al beatificaros quiso aligerarlo todo pedid que al cano-nizaros camine Dios para honraros a la ligera y de modo»; es decir, rápidamente, derechamente, sabiendo a dónde va. Si ya es beata, que pronto sea santa, lo más ligeramente que se pueda, porque hay seguridad de que Teresa goza de la bienaventuranza. Esa posesión segura de la gloria que hoy gozáis

—dice— la muestra en su hermosura el cuerpo que acá os dejáis, que es velo del alma pura.

Efectivamente, se tenía como punto de referencia inexcusable, como información segura, que el cuerpo no corrompido era muestra de santidad, y el de la Santa estuvo incorrupto mucho tiempo, hasta que, de acuerdo con los modos de hacer del barroco, fue despedazado literalmente y hoy se halla por varios sitios. Y así «no tan solo el celo de Dios ordena que el cielo os honre, Teresa, el alma sino que quiere, pues que con palma voláis a Dios, que hasta el velo», o sea que se os honre hasta el velo, que es el cuerpo, hasta lo más corrompible de lo humano, que es el cuerpo, sea objeto de veneración: cuerpo y alma de Santa Teresa. Y así, en el pecho sacro y tierno de Cristo tanto mandáis, tanto priváis (de privanza como gobierno e intimidad), que con su inmenso gobierno hoy de dos triunfos gozáis, el temporal y el eterno; o sea, hoy sois alabada entre los hombres y en el cielo, gozáis de doble triunfo: gobernáis en el mundo, por la repercusión de vuestra triunfante reforma, y gobernáis en el cielo. Dios por vuestros méritos os ha permitido gozar de la vida eterna y dominar en el mundo, porque todos los pueblos os están nombrando patrona, os están venerando como Santa, cuando todavía no lo sois oficialmente, sino bienaventurada, sino beata: «que el honraros con tal celo no es sólo porque del suelo triunféis, mas hizo Dios puesto que en sus manos vos os dejáis porque en el cielo también triunfáis». O sea, triunfáis aquí abajo porque habéis triunfado arriba, porque habéis hallado gracia a los ojos de Dios y domináis allí: vuestra santidad ha conquistado también a Dios en el cielo.

De esa forma, el rey de las majestades, o sea Dios, en metáfora tan clara, no quiso que a vuestro honor se sepultasen edades, pareciéndole a su amor las horas eternidades, impaciente como estaba por halagaros, y que, por tanto, cuanto antes fueseis beatificada y canonizada mejor para todos y mejor para el mismo Dios, que se honraría de ello, pues vuestra gran perfección miraba, en cierto modo, con velo de confusión, mas con esta exaltación (se entiende beatificación y canonización) sin velo se mira todo.

Ya está todo claro. Con la exaltación de que había sido objeto, o sea, con la beatificación de que ha sido objeto por parte de todos consolidada, ya sólo falta la definitiva canonización. Fue muy rápido, en efecto, el proceso de beatificación y canonización de la Santa y a ello contribuyó, sin duda, la cantidad de glosas y comentarios, de proyección de los conventos carmelitanos y de los poetas, tanto los ocasionales como los profesionales. Existe toda una

amplia literatura en torno a la Santa, prácticamente desde el momento mismo de su muerte y un ejemplo típico es este cancionerillo de Bonilla, que no ha visto la luz desde el año 1617 y que aquí nos sirve de objeto de comentario.

Así llegamos a lo que Bonilla llama «verso dificultosísimo glosado en la misma justa». El verso dice así: «En Dios se mira que si el mundo ignoras». Y la glosa es un espléndido soneto, cuyo tenor literal es el siguiente:

«Sabio que en ti no cabes de elocuente,
dime: ¿cuántos estadios tiene el viento?,
¿qué tanto pesa el líquido elemento?,
¿cuántas aves el aire en sí consiente?
Esta visible máquina presente
¿dónde tiene su estribo y fundamento?
Dirás que no lo alcanza tu talento
y que ignoras el mundo totalmente.
Hoy corona de luz, palma triunfante,
a Teresa su esposa dulce y cara
concede el Verbo que inefable adoras.
Y advierte que serás más ignorante
si esta verdad no admites, pues tan clara
en Dios se mira, que si el mundo ignoras».

El texto comienza con las típicas interrogaciones retóricas, hasta cuatro, dirigidas a un sabio que se entiende elocuente, a una persona que se identifica con el culmen de la ciencia. Le pregunta cuántos estadios tiene el viento, entendiendo estadio como distancia o longitud de 125 pasos geométricos, que viene a ser la octava parte de una milla, que se regulaba por mil pasos. Es la acepción tercera del DRAE. Se inquiera qué tanto pesa el líquido elemento; o sea cuánto pesa el agua en su conjunto. Se entiende el agua de la Tierra, que constituye aproximadamente las tres cuartas partes de ella. Eso era algo que a los científicos de la época les preocupaba mucho. Indaga cuántas aves contiene el aire y dónde tiene su fundamento o su estribo, como se decía entonces, en la acepción de apoyo, fundamento el mundo, en qué se basa, dónde está el soporte y qué lo sostiene.

Ante preguntas tan difíciles responde que el talento del sabio no alcanza a explicar nada de esto. Y lo contrapone con el Verbo divino, «el Verbo que inefable adoras», que hoy, en ese día corona a Teresa por su esposa «dulce y cara», para constatar que si no admite la verdad de Dios, seguirá

siempre en la ignorancia. Se trata de un soneto bien planteado: versos endecasílabos enfáticos en el primer cuarteto (sabio, dime, qué, cuántas). Se combinan luego con heróicos y melódicos (hoy corona, de luz, palma triunfante), para alabar a Santa Teresa, que es de lo que se trata en última instancia.

El mismo carácter tiene la glosa realizada para una justa granadina, que expresa los dones que otorgaron a la Santa las tres personas divinas. El texto dice así en su primera parte:

«Tantas de Teresa son
las riquezas peregrinas,
que las personas divinas
cada cual la da su don».

La glosa está constituida por cuatro décimas, cuyo tenor literal es el siguiente:

«A una virgen que es y ha sido
serafín en carne humana,
hoy por amor se ha rendido
la Trinidad soberana
buscando en su pecho nido.
Y el virginal corazón
tomó en Dios tal posesión,
que la sustancia divina
cuantas personas termina
tantas de Teresa son.

El padre se imprime y sella
con sello de caridad
en el alma pura y bella:
en señal que su deidad
preside por gracia en ella;
que entre todas las divinas
excelencias que entre espigas
de penitencias abraza,
la caridad sola enlaza
las riquezas peregrinas.

El Verbo le concedió
padecer por Dios con gusto,

y el espíritu encendió
la caridad que en el justo
pecho, el padre la imprimió.
Y así de sus peregrinas
y no penetradas minas,
con los dones que le ofrecen
no menos hoy la enriquecen
que las personas divinas.

De suerte le trocó el pecho
Aquel que uno y trino es,
que nos descubre en tal hecho
ser un milagro de a tres
el que con su esposa ha hecho.
Que por ser trono y blasón
de tres personas que son
mar de inmensas perfecciones,
de sus inefables dones
cada cual la da su don.

Plantea retóricamente cómo cada una de las tres personas de la Santísima Trinidad ha puesto un don en Teresa, ha introducido algo propio. Y así es normal que la persona de Dios-padre, la primera persona de la Trinidad, haya concedido la caridad, porque ha sido voluntad de las tres dejar algo propio y personal, en una virgen que es y ha sido «serafín en carne humana». Hoy por amor se ha rendido la Trinidad soberana buscando en su pecho nido, buscando albergue en el pecho de Teresa, porque es tal la «sustancia divina» que la Santa encierra, que cada una ha pretendido identificarse, asubiarse dentro de ella. Y así el Padre, la primera persona, imprime la caridad, que entre todas las divinas excelencias se yergue como mayor virtud, fuente de todas las demás: «que entre todas las divinas excelencias que entre espinas de penitencias abraza, la caridad sola enlaza las riquezas peregrinas», o sea las riquezas extrañas, subidas, excelentes.

En cambio el Verbo, la segunda persona, le concedió el padecer por Dios con gusto, el sacrificio, el espíritu encendido, esa capacidad de esfuerzo, que en Teresa se manifestará a lo largo de toda su vida. Esa capacidad de sacrificio que se manifestó en las fundaciones, en las dificultades que hubo de afrontar, en su enfrentamiento con las autoridades, con la Inquisición, buscando el apoyo de quienes la querían realmente, para poder triunfar en esta

vida, que fue tanto como triunfar Dios; es decir, en la capacidad para instalarse en un mundo lleno de dificultades. Por eso se habla de espinas. Como final, insiste en que de suerte le trocó el pecho «Aquel que es uno y trino», que nos descubre en tal hecho ser milagro triple el que con su esposa ha hecho, porque es trono y blasón de tres personas que son mar de inmensas perfecciones y «de sus inefables dones cada cual la da —con laísmo— su don».

Efectivamente, nos encontramos ante un texto de subida retórica, pero también de no menos capacidad para pulsar las fuerzas que se instalan en el pecho de Teresa, su capacidad de adaptación al mundo, siempre con la ayuda divina, con el apoyo de la Santísima Trinidad en pleno.

Es un texto de gran belleza, en el cual se une la abstracción retórica junto con la formulación práctica de quien ya tiene una gran experiencia. Pensemos que Alonso de Bonilla había participado en las justas cordobesas, dedicadas a la Santa en 1615, según recuerda Páez de Valenzuela. Pensemos que Alonso de Bonilla era ya un poeta dedicado casi exclusivamente a la temática religiosa.

El siguiente poema es un soneto titulado «Sobre la visión del Serafín con el dardo», glosando el verso propuesto en justa «con la herida y con el fuego sana». Este tipo de versos, de especial dificultad, atraían a los poetas porque, en efecto, no era fácil encontrar un sentido coherente, como no fuera desde la retórica original y la capacidad poética, y desde la dificultad mayor concebida como reto. Y menos sentido religioso, tan distante de verso como: «con la herida y con el fuego sana». El soneto dice así:

«Como el esposo eterno y peregrino
a finezas de amor es inclinado,
quiso, de un pecho virginal prendado,
asestarle con dardo de oro fino.
Para instrumento tal buscó y previno
alas del serafín más abrasado,
porque con fuego y plumas arrojado
rompa a Teresa el corazón divino.
Mas por estar enferma de un deseo
de verse del amor del bello esposo
abrasada y herida en carne humana,
tocola el dardo, y como en tal empleo
la hirió y abrasó el golpe amoroso,
con la herida y con el fuego sana».

Es decir, nos está hablando del famoso dardo que penetró en Santa Teresa, de la famosa transverberación, al traspasarle el corazón el serafín, tal como aparece en el cuadro conocido. En efecto, habla de finezas de amor. El esposo eterno, o sea Dios, es dado a finezas de amor. De esa forma, prendado del pecho virginal de Teresa, quiso asestarle con dardo de oro fino, quiso lanzarle un dardo de oro. Y, en efecto, así previno al serafín, al mejor serafín de todos los ángeles que hubiera en el cielo, de forma que, con fuego y plumas arrojado, rompiera el corazón de Teresa, traspasara el corazón de la Santa. Y así, como ella estaba enferma de deseo, de verse correspondida de Dios, fue herida en carne humana la que se produjo. Al tocarla el dardo, la hirió y abrasó de tal modo, que precisamente gracias a la herida amorosa, gracias al fuego de amor, sana de identificación, de querer, de fundirse en amor, tal como sucede en toda la literatura mística, desde los medievales hasta San Juan de Cruz y en adelante.

Es decir, ha sido capaz Dios desde el cielo de disponer al ángel, al serafín para que consiga la curación de la herida de Teresa, a fuerza de amor. La cauterización, el curar con fuego que era tan usual por otra parte en la medicina de la época, aquí es aceptado como forma de sanar de todos los pecados, por vínculo de amor. Así, al verse abrasada y herida en carne humana, el dardo la hiere, la abrasa de golpe amoroso y consigue finalmente la curación del mal de amor de Santa Teresa. Esta idea del mal de amor que se cura con fuego venía desde la poesía de cancionero. No olvidemos que en buena parte la retórica del conceptismo se recogen formulaciones ya consolidadas en la lírica de cancionero, del siglo XV, y aquí se consigue en un poema de belleza ejemplar.

El ritmo del soneto es fundamentalmente sáfico, pues nada menos que ocho de los catorce versos son sáficos, mezclados sabiamente con los melódicos, de manera que se construye en ritmo alternante sáfico-melódico, sáfico-melódico, sáfico-melódico, etc. Sólo hay una mínima variante, que incluso produce un efecto positivo. Me refiero al verso sexto, el que empieza «alas del serafín», que es un enfático, para resaltar precisamente la palabra situada en primer término. Así sucede muchas veces cuando un soneto posee un ritmo alternante, que en algún momento, con absoluta conciencia técnica, el poeta recurre a un verso que rompe el ritmo para reforzar una expresión. Desde el punto de vista técnico se trata de un soneto de lo más perfecto de toda la obra de Alonso de Bonilla, dedicado a Santa Teresa y al

serafín, o sea a la famosa escena de la transverberación, tal como se nos recuerda en la propia biografía de la Santa.

El siguiente poema de este cancionerillo es el titulado «Glosa en honra de Alba donde está el glorioso cuerpo de esta virgen». Se refiere, lógicamente, al pueblo de Alba de Tormes donde reposaba el cuerpo incorrupto de Santa Teresa. Es una típica glosa, escrita en forma de chanzoneta, que toma como pie y punto de referencia esta redondilla:

«Del que ya ilustró el Carmelo
lirio que el Tormes hoy baña,
ceñida el Alba de España
no envidia al Alba del cielo».

Se trata de una redondilla retórica. El lirio del Carmelo, «el Carmelo lirio que el Tormes hoy baña», evidentemente es el propio cuerpo de Santa Teresa. A partir de aquí, la glosa de Bonilla, que dice así:

«En el sacro paraíso
de su Iglesia, el bello esposo
produjo un lirio oloroso
y al Alba coger lo quiso
por hallarle más hermoso.
Serafín en mortal velo
fue este Lirio con que el cielo
al Carmelo hizo ilustre:
y hoy recibe un alba lustre
del que ya ilustró el Carmelo.

Quedó la hoja preciosa
del cuerpo, para su honor,
en Alba, y en Dios reposa
el ser del alma gloriosa
que es la sustancia y olor.
Y así la flor más extraña
a quien belleza acompaña,
Dios en Alba a coger vino,
porque es Teresa el divino
Lirio que el Tormes hoy baña.

Alba, renombre inmortal
goza, pues tiene en clausura

aquel Lirio celestial
 de una carne virginal
 más alba que nieve pura.
 Que como con luz extraña
 la hoja y sustancia baña
 el Sol de justicia Cristo,
 hoy con este sol se ha visto
 ceñida el Alba de España.

Entre el Alba en desafío
 con la que está en los umbrales
 de las lumbres celestiales,
 pues es Alba del rocío
 que dio plantas inmortales.
 Que con solo el sacro velo
 de la que hizo al Carmelo
 en ciencia y virtud fecundo,
 el Alba insigne del mundo
 no envidia al Alba del cielo».

La paráfrasis alegórica es espléndida. El bello esposo, Cristo, produce un lirio oloroso, Santa Teresa metafóricamente. Y al alba, al amanecer, Dios quiere coger ese lirio, porque es el más bello del prado. Entonces Él baja a Alba de Tormes, donde reposa el cuerpo de la Santa, para cogerlo. Es identificado como serafín en mortal velo, o sea, ángel en cuerpo mortal. Fue este lirio precisamente aquel con que el cielo al Carmelo hizo ilustre, regalo para el Carmelo de todos los tiempos. La Santa fue regalo para la orden carmelitana y hoy recibe un Alba, la ciudad salmantina de Alba de Tormes, lustre del que ya ilustró el Carmelo. Recibe lustre de Dios y lustre de Teresa, porque allí reposa el cuerpo incorrupto de la Santa. Efectivamente, aquella hoja preciosa, o sea la propia Santa, de aquel cuerpo quedó honrando para siempre a la ciudad de Alba de Tormes y hoy reposa allí la que es sustancia y olor.

Esa flor tan extraña, tan peregrina en el lenguaje de Bonilla, que es el cuerpo incorrupto, acompañada de tan singulares venturas, vino a cogerla el mismo Dios, porque es Teresa ese divino lirio –dice con encabalgamiento abrupto– que hoy baña el río Tormes, el río que pasa por Alba. De esa forma, la ciudad ha conseguido renombre inmortal, porque tiene en su interior ese «lirio celestial» que es la carne de la pura Teresa, más virgen, más

pura que el alba, que el amanecer de un día nevado. En el mismo sentido se produce la comparación: aquel lirio celestial de una carne virginal más blanca, más alba que la nieve que, como con luz extraña la hoja y sustancia, baña el «Sol de justicia Cristo» y hoy con este sol se ha visto ceñida el Alba de España.

A partir de ese momento hay competencia, hay desafío entre lumbres, rocío, plantas inmortales, concluyendo que con solo el sacro velo de la que hizo al Carmelo en ciencia y virtud fecundo, el Alba insigne del mundo no envidia al Alba del cielo. Es el cuerpo de Teresa el que hace a la ciudad de tal forma limpia, de tal forma blanca, de tal forma nueva que no tiene por qué envidiar el Alba del cielo. Curiosa alegoría en la cual se está jugando con el doble y triple sentido de Alba del cielo (Dios), alba-amanecer, Alba de Tormes, lugar concreto al cual es Dios mismo el que desea bajar a cortar ese lirio, a disfrutar de la presencia de la propia Teresa, enterrada en Alba de Tormes. Es la mujer concebida como alba gloriosa por su sustancia y olor. Es esa flor extraña, llena de belleza aunque muerta, de la cual se puede enamorar cualquiera, hasta el mismo Dios, que quiere cogerla. Y la ciudad queda engrandecida por acoger el sepulcro de Teresa. Es Alba de Tormes, que ha alcanzado ya a los pocos años de la muerte de Teresa renombre inmortal, porque acoge en sí ese «lirio celestial», con esa «carne virginal», más pura que la nieve.

Nos las habemos con todas las galas de la retórica barroca, traspasada espléndidamente en tres décimas a una ciudad que desde entonces será famosa por albergar el cuerpo incorrupto de Teresa. Desde el punto de vista técnico son tres décimas formuladas retóricamente, de lo mejor que salió de la pluma de Alonso de Bonilla.

El siguiente texto es otro soneto dedicado a la Santa:

Los preceptos de Cristo son caminos
que van a dar a la ciudad segura,
aunque algún polvo en su cristiana anchura
cobran de imperfección los peregrinos.
Mas los consejos altos y divinos
de estrecha religión y de clausura
son sendas por do puede el alma pura
ir como por espejos cristalinos.
Por estas, pues, Teresa y su grey santa

con pies descalzos van ganando prendas
de que su amor en Dios los eterniza,
donde caminan con pureza tanta,
que no cogen más polvo en estas sendas
que contemplar que son polvo y ceniza.

La idea parece muy clara: la vida es camino para un más allá al que hay que acceder lo más limpio posible. Por tanto el ser humano por esos caminos debe mancharse cuanto menos ser pueda, para llegar limpio y conseguir la salvación. El poeta identifica los preceptos de Cristo con esos caminos que van a dar a la ciudad segura, al cielo. Y, no obstante, asegura Bonilla que algún polvo, «en su cristiana anchura», es decir en su desarrollo y completación como cristianos, cobran de imperfección los peregrinos: los hombres que estamos llamados al cielo, en ese camino, cobramos algún polvo de pecado, imperfecciones, afectos o desafectos. Sin embargo, los consejos de religión, la clausura, las órdenes religiosas, como la de Santa Teresa, son la mejor senda para ir hacia el cielo, que funcionan a lo largo del tiempo como espejos cristalinos. Por eso dice que Teresa y su grey, o sea, todos sus frailes y monjas, al ir con pies descalzos, paradójicamente van ganando prendas para que Dios les garantice la salvación, porque andan el camino de tal manera, que el único polvo que cogen es contemplar y saber que el ser humano no es más que polvo y ceniza.

Tal vez sea el pensamiento lo más interesante de este soneto, que desde el punto de vista técnico no está a la altura de otros muchos, puesto que se trata de una formulación retórica marcada, a la que la forma no termina de acompañar. El concepto se sobrepone al texto. Los caminos por los que vamos hacia el cielo pueden ser caminos más anchos o más estrechos. Y, paradójicamente, cuanto más estrechos, más seguros. Si estos son caminos «de estrecha religión y de clausura», son mejores para llegar con absoluta seguridad a ese más allá de promisión. Bonilla ha formulado el pensamiento religioso con precisión y propiedad. Es de los típicos sonetos —no infrecuentes en su primer libro— en que el pensamiento domina sobre la propia formulación formal. No obstante, es texto retórico en el cual la capacidad de adaptación al medio ha conseguido —digamos— la conmoción espiritual que el autor pretende. No olvidemos que muchas veces Bonilla pretende buscar la conmoción personal para alumbrar el sentido del hombre, para ilustrarle en su camino hacia el más allá y conseguir su salvación en una palabra. Se comporta aquí como un religioso más, como alguien que tiene la convicción

de que este mundo es senda para el más allá, que estamos de paso y que el triunfo del hombre estriba sencillamente en conseguir su salvación. Así se puede hacer con los votos de religión y de clausura que Teresa propone. Precisamente la descalcez es medio: con pies descalzos van ganando prendas —dice— de que su amor en Dios los eterniza, donde camina con pureza tanta, que no cogen más polvo que «contemplar que son polvo y ceniza», o sea, asimilar que no somos nada.

El siguiente poema de este cancionero es también un soneto, que ahora incide en el apellido de «Ahumada» que tuvo Teresa e intenta extraer partido literario de este segundo apellido: Teresa de Cepeda y Ahumada en el siglo. Efectivamente, lo titula así: «Sobre el nombre de Ahumada que tuvo esta Santa en el siglo». Es un soneto cuyo tenor literal es el siguiente:

No sin misterio nombre de Ahumada
 os puso la inmortal sabiduría,
 que debajo del humo fuego había
 en ese corazón de Dios morada.
 Sin duda érades fuego, pues guardada
 os tuvo el sempiterno Autor del día
 para el peligro de la edad más fría
 con que incendió la caridad helada.
 Que si para absolver culpas mortales
 de cualquier pecador del alma ciego
 Pedro salió del agua a nuevo estado,
 vos para resolver defectos tales,
 Teresa celestial, salís del fuego
 elemento más noble y levantado.

La comparación es muy sencilla: del mismo modo que Pedro salió del agua (pescador de hombres) para ser piedra y fundamento de la Iglesia de Dios, Teresa emerge también, pero de algo más noble, más levantado en la estima, del fuego, para igualmente transformar a las almas y llevarlas al cielo. Parece como si hubiera una simbología, tal como se entendía desde la Edad Media, de los nombres y el llamarse «Ahumada» fue porque la «inmortal sabiduría» (o sea, Dios) tenía ya presente que bajo el humo había fuego y que en el rescoldo estaba el corazón de alguien que iba a comprometerse profundamente con Él. Ese corazón, que era ya de Dios morada —se dice con el típico hipérbaton—. Y se replantea y se refuerza: «sin duda erades fuego, pues guardada os tuvo el sempiterno Autor del día para el peligro de la

edad más fría». O sea, la tuvo guardada Dios para cuando llegaran los tiempos difíciles para la humanidad, los momentos en que hubiera menos fe, las épocas en que no se entendiera a Dios en el mundo, los momentos en que faltara «conversión hacia Él». Y dice que, si para absolver culpas mortales de cualquier pecador, Pedro salió del agua a nuevo estado, es decir, Pedro fue convertido de pecador en el primer Papa, para absolver a los pecadores, Teresa fue mucho más. Porque para los mismos efectos salió del fuego, que es elemento más noble, más levantado, de acuerdo con la teoría de los cuatro elementos de la antigua edad: el aire, el fuego, el agua y la tierra. Ella, Teresa, por gracia de Dios, emerge del que tiene mayor entidad.

Es un soneto —como vemos— también profundamente retórico, en el cual encontramos las formulaciones de siempre, pero con el gusto de Bonilla por resaltar algo de orden lógico. Pertenece a un tipo de composiciones, concebidas desde una perspectiva retórica-filosófica, es decir, silogística. Son estos sonetos en los cuales parece que es la «lógica de Dios» la que se impone. Y la lógica de Dios era sacar a Teresa —en la opinión de Bonilla— del elemento más noble, del elemento más levantado, para que ella se irguiera por encima de los santos y hasta del primer papa, siempre de acuerdo con esa idea hiperbólica que de la Santa tiene el propio Bonilla, es decir, la santa más santa de todas, por encima de San Pedro.

Es una forma de elevarla por encima de todos, de San Pedro incluso, aunque fuera nada menos que el primer papa, elegido personalmente por Cristo. Parece como si Dios tuviera a Santa Teresa para mayores empresas, destinada desde el fondo de la antigüedad para levantar a los seres humanos, a los pecadores de la Tierra, hacia Dios por siempre. Hasta ahí la hipóbole conceptual. Por tanto, habla de un Dios que tuvo el nombre de Ahumada —digamos— guardado en el fondo del misterio, porque debajo del humo hay siempre fuego y, sin duda, la tenía Dios destinada para la edad más helada, para el momento en que hubiera más necesidad de ella. Y ese momento llegó en el siglo XVI. Eso es lo que defiende Bonilla en una construcción que no podemos calificar sino de retórica.

El siguiente poema está dedicado a algo más concreto: «Las fundaciones que hizo esta santa virgen». Y es también un soneto, conformando la serie de cuatro que inserta en el cancionero. Dice así:

«No quiere con un alma religiosa
que ha de velar con lámpara prudente

desposarse el Esposo omnipotente
sin ver primero el dote de la esposa.
No basta ser por la virtud hermosa
en tal razón, sino que, juntamente,
ha de ser pobre, casta y obediente,
votos de la observancia rigurosa.
Teresa en dote lleva tales dones,
que no tan solo adornan su alma pura,
tres votos y virtudes más que estrellas;
mas lleva diecisiete posesiones
de casas de obediencia y de clausura,
que puede Dios aposentarse en ellas».

Como vemos, se trata de un juego formal entre la idea del esposo que quiere desposarse, pero que antes, según la costumbre del momento, ha de cotejar y valorar la dote de la esposa. En este caso, estaba muy claro que Cristo, como el esposo de su famosa parábola de las jóvenes necias y prudentes, cuando va a desposarse primero tiene intención de ver la dote, como era usual en aquella época, porque nadie se casaba sin saber lo que aportaba la mujer al matrimonio. Y, en efecto, dentro de esa prudencia, se revisa la dote, pero haciendo hincapié en que para tal matrimonio (espiritual en este caso) no basta sólo con la dote material. Además, para casarse con Dios, hacen falta los tres votos, que Bonilla cifra perfectos de la religión carmelitana: pobreza, castidad y obediencia. Los tres, llevados con observancia rigurosa, como se dice en el texto.

Pero Teresa aporta algo más. Evidentemente, esos tres votos están ya suficientemente acreditados y guardados en las casas de su reforma y Teresa aporta a este propósito «virtudes más que estrellas». Lo que puede aportar ella, que no lleva nadie, es el grupo de «diecisiete posesiones», o sea, las diecisiete casas de clausura, las fundaciones que puede presentar a Dios como dote escogida, acaso única, en las cuales –tal es su observancia y valor– el propio Dios se puede aposentar, porque son diecisiete fundaciones que ya han adquirido carta de naturaleza en España y que han conseguido fama en el mundo entero. La reforma de Santa Teresa en la orden carmelitana había tenido ya gran repercusión en toda España. Bonilla formula su rigor como alabanza, como aquello que consiguió Santa Teresa y que nadie ha conseguido más que ella. En ese sentido resalta una y otra vez la importancia de aquellas fundaciones, que pueden servir al mismo Dios para aposento; tan vir-

tuosas, tan llenas de gente alegría, que ha conseguido observar los tres votos, llevarlos con rigor, hasta lograr la salvación con alegría, tal como pretendió Teresa.

El último soneto, de este grupo de cuatro, es el dedicado a la misma Virgen «sobre el Evangelio de Marta y María». Dice así:

«Castillo sois de intrépida pureza,
 porque sois mujer fuerte, y no me espanto,
 pues entra a ser quien por esencia es santo
 alcaide de esa insigne fortaleza.
 Aniquiláis la herética fiereza
 con piezas de oración, y el duro encanto
 de la sirena carne, que es quien tanto
 del alma eclipsa la inmortal belleza.
 Velar y conquistar es vuestro oficio,
 defendiendo la Iglesia soberana
 y siendo de las almas norte y guía:
 dos vidas dais a Dios en sacrificio,
 Teresa, porque sois, en carne humana,
 Marta en obrar y en meditar María».

Efectivamente, toma como punto de referencia el ejemplo evangélico de Marta y María, la que se afanaba y la que llevaba vida contemplativa. Marta es la que trabaja y se afana, y María la que contemplaba la venida del Redentor a su casa, recordando las palabras tan sabias («Marta, Marta no te afanes tanto, que María escogió la mejor parte»). En este caso, el poeta ya no defiende a una u otra, como se hiciera en el pasaje evangélico, sino que ahora es la fusión de ambas la que adquiere plenitud de sentido, porque, efectivamente, consigue Teresa dos vidas sacrificadas a Dios: en carne humana es Marta en el obrar y María en meditar. Por eso la llama metafóricamente «castillo de intrépida pureza», «mujer fuerte, pues entra a ser quien por esencia es santo alcaide de esta insigne fortaleza».

Santidad y fortaleza, dominio y meditación. Dominio físico como alcaide de la fortaleza. Por eso dice que aniquila «la herética fiereza con piezas de oración y el duro encanto de la sirena carne, que es quien tanto del alma eclipsa la inmortal belleza». Sirena, belleza, dureza. Fijémonos en la expresión «duro encanto». Se trata de un oxímoro perfecto: encanto implica suavidad; dureza lo contrario. De ahí que el poeta haya conseguido la ex-

presión más perfectas de este soneto: del alma eclipsa la inmortal belleza; velar y conquistar es vuestro oficio, o sea, el doble oficio de meditar y obrar, velar y conquistar, trabajar y meditar, esforzarse y subsumirse en los encantos de la meditación sobre el reino de Dios, todo es válido para alcanzar el cielo.

Efectivamente, no puede estar mejor captado el espíritu teresiano, que a la vez fue espíritu de meditación y de acción, que a la vez fue mujer de trabajo y mujer de oración. Esto lo capta perfectamente Alonso de Bonilla. Teresa es mujer de intrépida pureza, de nuevo con oxímoro, mujer fuerte, mujer que actúa y que vive la auténtica belleza de Dios, mujer capaz de conseguir los mayores logros espirituales, tal como ella recoge en el *Libro de la Vida* o en *Las moradas* y, al propio tiempo, ser autora de las diecisiete fundaciones que nos decía en el soneto anterior. «Velar y conquistar es vuestro oficio, defendiendo a la Iglesia soberana y siendo de las almas norte y guía». Defensa de la Iglesia, casi en lo físico, y norte y guía de las almas, en lo espiritual. Por eso constata muy bien que ofrece dos vidas a Dios en sacrificio, porque siendo humana y espiritual al tiempo, ha conseguido unir la capacidad de acción de Marta y la profundidad del meditar y contemplar de María. Desde el punto de vista retórico es también de los más perfectos sonetos que salieron de la pluma de Alonso de Bonilla. Con ritmo melódico y sáfico, como es usual en el autor para este tipo de composiciones.

Y así llegamos al último poema, tal vez el texto de mayor empeño. Es un texto relativamente largo, en el cual Alonso de Bonilla imita el género clásico –garcilasiano y herreriano– de la canción, incluso con envío final, tal como se consolida en la retórica del siglo XVI, en la poética renacentista. Ahora cifra de nuevo su intento en plasmar la belleza de la ciudad donde está sepultada Santa Teresa. Son las llamadas «Canciones a Alba de Tormes, donde está sepultada la Santa Virgen». Dice así el poema:

«Del Betis rico en la nevada orilla
al Albis frío, al Ganges caudaloso,
mantén, oh Tormes, tu real corriente.
Seas del mundo octava maravilla
con tus caminos de cristal precioso,
esferas de tu sol resplandeciente,
cuya dorada frente
madruga hermosa en los dichosos brazos
del Alba que te tiene por espejo.

Y con la fuerza del menor reflejo
parece tu cristal luz en pedazos,
retratando la risa
del Sol que al sol sobre los cielos pisa.
Corre apacible, fructifica ufano
y en planta, en flor, el natural tributo,
y en fértil copia, el general tesoro.
Descubra en ti la trabajada mano
del diligente labrador astuto
su justo premio, entre los granos de oro.
Y con igual decoro
rindan a sus ganados tus pastores
ricos despojos, rústico trofeo;
mas juzgo ya que convertidas veo
puras estrellas tus pintadas flores,
y entre cumbres y hielos,
tus montes nubes y tus campos cielos.
Guarda el tesoro incorruptible y bello
que te ha de hacer tan rico de memoria
contra el curso veloz del tiempo avaro,
que en tal ventura tus grandezas sello,
pues tienes hoy para ilustrar tu historia
quien fue del mundo y de su monte guía,
oh peregrino y raro
milagro solo, admiración y espanto
del cielo y mundo que su nombre esmalta,
tú solo digno de merced tan alta
triunfa glorioso, pues que vales tanto
que por Teresa vives
y en el Sol de tu nombre el tuyo escribes.
Y tú, divina Madre, cuyos hijos
ya por caminos de aspereza llenos
tus pasos miden con desnudas plantas,
goza los inmortales regocijos
con firmes ojos, a la luz serenos
del Sol divino entre las luces santas,
pues tanto te adelantas
a subir de una cumbre en otra cumbre,

que al monte llegas de Sión divino,
 donde mostrando el celestial camino
 gala en rastros de su eterna lumbre,
 por señal de tus huellas,
 ciencia y virtudes, de tu cielo estrellas.
 Triunfa vibrando virginales palmas,
 en altos coros que con dulces cantos
 celebran galas a su dueño eterno:
 su voz regale entre las puras almas,
 que en la tierra con favores tantos
 fue de la tuya enamorado tierno:
 celos tuvo el infierno
 del casto fuego que en tu pecho ardía,
 Etna de amor, que al centro milagroso
 del dulce dueño, al regalado esposo
 amores vierte, espíritus envía,
 siendo, por justo ruego,
 correos de tu amor rayos de fuego.
 Virgen, si a las regiones donde habitas
 suben las voces, llegan los deseos
 de pechos fieles, con indignos labios,
 entre estas hoy de tu grandeza escritas
 vivas memorias, de tu amor trofeos,
 recibe de mi pluma estos agravios,
 que si entre tantos sabios
 que la palma y laurel corona y llama,
 y escriben hoy de tu alabanza sumas,
 que en ser veloces las ligeras plumas
 dicen que cada pluma es una fama,
 te sirve mi rudeza.
 Yo diré que es de tu humildad grandeza.
 Canción, bajad el vuelo,
 que por el curso de tan alta Esfera
 Teresa es Sol, y vuestras alas cera».

Se trata de una composición de lo más interesante que tenemos y de lo más pretencioso de Alonso de Bonilla. En efecto, habla del río Tormes, que aun siendo relativamente pequeño quiere comparar al Guadalquivir, al Ganges caudaloso, e incluso que se yerga como octava maravilla, porque en

él, a su sombra, bañada por sus aguas, está la ciudad de Alba de Tormes, donde yace sepultada Santa Teresa. Y eso es más importante, porque la ciudad de Alba de Tormes se ha alzado en auténtico símbolo para todos los católicos de entonces: «madruga hermosa en los dichosos brazos del Alba que te tiene por espejo y con la fuerza del menor reflejo parece tu cristal luz en pedazos»; es decir, el río, recibiendo el sol de la mañana, parece luz en pedazos, el alfanje roto que espejea en Machado. Su cristal, o sea, su agua metafórica, semeja trozos de luz que se levantan al despertar la mañana.

En cierto modo, refleja la risa del propio Dios, al retratar «la risa del Sol que al sol sobre los cielos pisa». Ese Sol que pisa al sol evidentemente es, por metáfora, el propio Dios. E insiste en el río, que corre apacible, que fructifica ufano en planta, en flor, en natural tributo y en fértil copia el general tesoro, es decir, fructifica en todo lo que tiene alrededor, en los frutos de los campos, en el campo de la tierra, de la Tierra de Campos, que gracias al río, a su riego generoso, se convierte en algo nuevo. Gracias también a la trabajada mano del labrador, que consigue así el justo premio de los granos de oro, de las espigas de trigo de la Tierra de Campos.

Y, asimismo, los ganados, que gracias al mismo río, consiguen rústico trofeo, ricos despojos. Pero, por muy famosa que fuera la ciudad de Alba por todas estas riquezas, que incluso logra encomiásticamente ver como puras estrellas, las pintadas flores y los montes convertidos en nubes y los campos en cielos, nada de eso será tan importante como el guardar la memoria y el cuerpo de la pura Teresa: «pues tienes hoy para ilustrar tu historia quien fue del mundo y de tus montes guía, oh peregrino y raro, milagro solo, admiración y espanto del cielo y mundo que su nombre esmalta». Efectivamente, sólo por eso será más importante: «vales tanto que por Teresa vives y en el sol de tu nombre el tuyo escribes».

Ahora es ya la divina madre la que se yergue en protagonista, cuyos hijos por caminos de aspereza llenos sus pasos miden con desnudas plantas; vienen todos, peregrinando hacia ti, Alba, porque albergas el cuerpo de Teresa. Y por eso puede gozar la ciudad de inmortales regocijos, de ese sol divino entre las luces santas. Así puede ser camino hacia la ciudad de Sión donde se muestra el rastro, las huellas del auténtico Ser del Cielo. Es, por tanto, ciencia y virtud, «del cielo estrellas», y «triumfa vibrando virginales plantas en altos coros, que con dulces cantos celebran galas a su dueño eterno». Efectivamente, parten de ahí: «Virgen, si a las regiones donde habitas suben las voces, llegan los deseos de pechos fieles, con indignos labios,

entre estas hoy tu grandeza escritas vivas memorias», siempre con hipérbaton y con encabalgamiento, trofeos de tu amor, «recibe de mi pluma estos agravios». Él, Bonilla, va a rendir la pleitesía de rigor: «que si entre tantos sabios que la palma y laurel corona y llama, y escriben hoy de tu alabanza sumas, que en ser veloces las ligeras plumas dicen que cada pluma es una fama, te sirve mi rudeza». Bonilla será uno más entre tantos como glosan la fama de Teresa por aquellos días, entre tantas plumas como convergen al mismo fin: «Yo diré que es de tu humildad grandeza». O sea, gracias a ti mi pluma se levanta, dice Bonilla.

Gracias a Teresa su pluma es capaz de cantar como ha cantado. Gracias a ella y a la ciudad de Alba, las plumas rústicas, las plumas incapaces, se han levantado hasta cantar con éxito. Así el envío de la canción consolida y certifica el texto: «canción, bajad el vuelo, que por el curso de tan alta Esfera, Teresa es Sol y vuestras alas cera». Es decir, Teresa es Dios de luz y de fuerza-fuego, que derrite de amor las humanas alas, convertidas en cera que se derrite con el calor de su amoroso celo. Nos encontramos ante un texto de lo más completo que salió de la pluma de Alonso de Bonilla, comparable en calidad a cualquiera de las canciones de los grandes poetas del Renacimiento y el Barroco.

Con este poema se cierra el cancionero teresiano, que el autor escribió en diferentes ocasiones, al que ahora da forma definitiva e inserta completo, al modo manierista, en *Nuevo jardín de flores divinas*, publicado como dijimos en Baeza en 1617, que no ha vuelto a ser editado desde entonces, por lo que un cancionero teresiano de este interés ve la luz como texto exento por primera vez.